Pedro CABELLO MORALES, *Arqueología bíblica. Los textos bíblicos a la luz de los hallazgos arqueológicos*. Córdoba, Almuzara, 2019, 539 pp., 26 €.

Al final de su obra, el sabio Qohelet decía a su discípulo: “un último aviso, hijo mío: nunca se acaba de escribir más y más libros, y el mucho estudiar desgasta el cuerpo” (Eclo 12,12). Vivimos en una época en la que se lee poco y, paradójicamente, se publica mucho. Es, por tanto, necesario justificar la pertinencia de cada libro. Sin embargo, el libro del profesor Pedro Cabello, en mi opinión, merece mucho la pena ser publicado y leído. Voy a esgrimir tres razones de su pertinencia.

a) *Por su necesidad*. Pedro Cabello ha escrito uno de esos libros muy necesarios que ayudan a orientarse en un mundo donde la literatura es muy especializada y es fácil perderse o, peor aún, aburrirse. Esta “arqueología bíblica” es un libro fácil de leer y *difícil* de escribir. Es difícil de escribir porque es necesario ser competente en muchas materias (arqueología, exégesis bíblica, historia, antropología, etc.) y tener conocimientos de muchas épocas históricas (el libro menciona los yacimientos arqueológicos más significativos de la zona siro-palestina desde el paleolítico hasta el siglo II d. C.). Y es muy *fácil* de leer porque Pedro explica de forma sencilla y amena cuestiones muy complicadas.

El autor ha pretendido con este libro presentar una obra de alta divulgación que ponga en diálogo a los estudiosos tanto de la Biblia como de la arqueología. Así dice en la pag. 18: “Muchos arqueólogos se han acercado a la Biblia con respeto y delicadeza. Ahora es un biblista el que quiere acercarse a la arqueología con

las mismas actitudes, sin pretender usurpar la profesionalidad de un arqueólogo”. Así pues, el fin que pretende es “recoger toda la riqueza que puede aportar la arqueología en Tierra Santa a los estudios bíblicos... y contribuir con mi formación bíblica a la mayor y mejor comprensión del texto de modo que la arqueología no le exija aquello que el texto no puede darle”.

El libro abunda en datos biográficos, de él mismo y de muchos arqueólogos, metáforas y comparaciones muy bien traídas —como la inicial sobre la historia de la relación de pareja entre la arqueología y la Biblia— y explicaciones indispensables para adentrarnos en el interesantísimo mundo de la arqueología bíblica. Además, ofrece para el estudioso un excelente *status quaestionis* de la arqueología siro-palestina de los últimos tiempos, además de la referencia a la bibliografía esencial en inglés y español sobre el tema.

El libro de Pedro es también necesario porque no está publicado en una de las editoriales en que tradicionalmente aparecen los libros de temática bíblica (BAC, Verbo Divino, Sígueme). Con esta apuesta de la editorial Almuzara, se logra presentar la temática bíblica a otros públicos que no son o bien especialistas, o bien creyentes, de forma que el libro de Pedro Cabello representa un excelente ejemplo del indispensable diálogo entre la fe y la razón, el Evangelio y la cultura. El autor —haciendo gala de honestidad— no oculta su perspectiva creyente, pero también escribe siendo sensible a los que no lo son. Es, así

pues, un libro apropiado tanto para los que leen la Biblia como Palabra de Dios como para los que tan solo están fascinados por sus historias, su literatura y su profundidad humana.

b) Por su esfuerzo de síntesis. En segundo lugar, me parece muy pertinente la escritura de este libro por su esfuerzo de síntesis. En disciplinas como la arqueología y la biblia, en las que la especialización cada vez es mayor, se agradece un libro tras cuya lectura el lector pueda hacerse una idea global de qué aporta la arqueología a los estudios de la Biblia en todas sus épocas.

Además, el libro es exhaustivo porque no rehúye preguntas realizadas tanto desde el plano científico como desde la perspectiva creyente. Así, por ejemplo, el lector se podrá iniciar, de la mano de William Flinders Petrie y Miss Kenyon, en el proceso de una excavación bien llevada (pp. 32-44); podrá encontrar una respuesta plausible a la compleja y eterna pregunta de en qué sentido la Biblia es verdad; o, incluso, podrá disfrutar de una excelente explicación iconológica del cuadro de la Vocación de Mateo, del Caravaggio, para comprender en qué sentido la Biblia pretende influir en el lector que se acerca a ella (pp. 74-78).

Para dar razón de dicha pretensión, me voy a detener en dos argumentos del libro: uno muy necesario para los estudiantes de teología y otro curioso e interesante para los amantes de la Biblia.

Primer argumento. Nuestro libro responde con sencillez y profundidad a una pregunta recurrente para los que nos dedicamos a la Biblia: esto es, ¿todo lo que cuenta la Biblia sucedió?

¿Es la Biblia un libro de historia? Pedro responde afirmando que “la cuestión de fondo no es «historia sí» o «historia no», sino qué tipo de historia” recoge la Biblia (p. 59). Y, para ello, cita una famosa frase de Gabriel García Márquez: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo recuerda para contarla” (*Vivir para contarla*, motto introducción). Así pues, la Biblia es la “memoria colectiva” de “un pueblo que, a lo largo de su historia, ha ido registrando no tanto hechos concretos, cronológicamente estructurados, sino algunas experiencias que le han permitido vivir y sobrevivir y que han merecido, por consiguiente, ser contadas a las generaciones posteriores” (p. 60). La Biblia, así pues, es un libro que hunde sus raíces en la historia, pero que no pretende ser una crónica fría y desencarnada, sino “una historia con vida propia”, (p. 60), un testimonio de las experiencias religiosas de un pueblo que estaba convencido de la compañía salvadora de Dios en medio de sus vicisitudes y andanzas. Pedro culmina este problema básico de todo lector creyente que se acerca a la Biblia con una imagen muy esclarecedora: como la arqueología, “la Biblia también tiene sus limitaciones como documento histórico... Es como si alguien se sincerara con nosotros y nos estuviera contando una experiencia personal que ha vivido y nosotros estuviéramos interesados solo en los pormenores históricos (posiblemente, ni siquiera recordados por la persona en cuestión). El texto bíblico no es ni una crónica exacta de los hechos ni un mito de ficción. Es la experiencia religiosa viva de un pueblo” (p. 65).

Segundo argumento. La arqueología bíblica no es solo una disciplina

interesante para los estudiosos del libro; lo es también para el público interesado en la importancia de la cultura en la política contemporánea. Pedro Cabello es muy sensible a lo largo de su libro no solo a las cuestiones religiosas que los estudios de arqueología suscitan, sino también a los conflictos políticos en los que se vieron envueltos los arqueólogos. Por ejemplo, él nos cita el testimonio cargado de patriotismo sionista del arqueólogo Yigael Yadin, que fue primero militar, después arqueólogo y finalmente político, cuando encontró la correspondencia original de Bar Kokhba (p. 517); o, en el magnífico relato que hace Pedro acerca del descubrimiento de los rollos del Mar Muerto, el lector podrá comprender hasta qué punto la arqueología bíblica está influida y, al mismo tiempo, influye en las relaciones políticas: los manuscritos fueron descubiertos por unos beduinos musulmanes que los vendieron, en primera instancia, a un archimandrita siro-ortodoxo, el famoso Mar Samuel. Después entró en liza el profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén Eleazar Sukenik. Sin embargo, fueron los americanos de la *American School of Oriental Research* quienes publicaron el hallazgo en la popular revista *The Biblical Archeologist*. Pedro desarrolla en estas páginas un relato, que parece un thriller de suspense, sobre la huida clandestina del archimandrita Mar Samuel con los manuscritos a los EE. UU. y como los israelíes consiguieron que volvieran a través, nada menos, de su compra al ver ¡un anuncio publicado en *The Wall Street Journal*! Sin duda, los lectores del libro se deleitarán con estas y otras muchas historias.

c) *Por la pasión con la que está escrito*. Finalmente, la publicación de este libro es pertinente por la pasión con la que el profesor Cabello lo ha escrito. Dice su autor en los agradecimientos que le da las gracias a sus alumnos “porque le han enseñado a enseñar” (p. 14). Mas allá de la belleza del juego de palabras, la expresión es profundamente verdadera. Se nota que el autor ha enseñado muchas veces lo que aquí escribe porque a cada página ofrece recursos que hacen muy pedagógica y amena su lectura.

Algunos ejemplos. Me ha parecido muy buena la comparación: “La Biblia como obra de compromiso: todos quieren salir en la foto” que explica magníficamente cómo en la Biblia se amalgaman diferentes corrientes, sensibilidades e incluso teologías. Dios ha querido hablar con diferentes lenguas y por medio de personas y géneros muy distintos. Impresiona también el relato de González Echegaray que el prof. Cabello ha sabido encontrar y recoger sobre la toma de Jerusalén a raíz de la guerra de los Seis Días (1967) y cómo ello afectó profundamente a la arqueología bíblica (pp. 111-112). Y se agradece la cantidad de fotos que el autor ha ido recolectando y pidiendo personalmente a las instituciones y arqueólogos más afamados —incluso a sus familias—, que hacen del libro no una fría exposición de una disciplina académica, sino un apasionante camino iniciático, de la mano de los mejores maestros, hacia el conocimiento competente de la arqueología bíblica.

En una empresa de estas características hay lógicamente afirmaciones apresuradas que requerirían de matización. Por ejemplo, la mayoría de los estudiosos hoy duda de la

identificación entre el edil Erasto, del que se encontró su lápida en Corinto (1929), y el Erasto de Rom 16,13 (p. 507); o sería recomendable reformular la expresión de la pag. 59 de que la Biblia “contiene... el nacimiento del *cris-tianismo* como «injerto» en este olivo milenario (cf. Rom 11,16-24)”. Según san Pablo en Rom 11, no es el “cris-tianismo”, sino los gentiles, quienes

son invitados a participar de las promesas de Israel. Pero, son cuestiones pequeñas que en nada desdican una obra monumental y —lo que es más difícil— amena y hasta divertida, en la que todo lector —también el especialista, aunque no haya sido escrita para él— podrá aprender y disfrutar.

Álvaro Pereira Delgado